

DE UNOS AÑOS PARA ACÁ, la juventud ha creado un mote despectivo para designar a los burócratas y a los oficinistas: Godínez. Quien reprocha a los Godínez haber canjeado su libertad por un plato de lentejas, implícitamente otorga un alto valor a su independencia, aunque se trate, en muchos casos, de una independencia obligada por el desempleo. Cuando un grupo social escarnece a otro, los estigmas verbales revelan las heridas de quien los profiere. Según estadísticas de la OCDE, en México hay siete millones de ninis y es muy probable que ellos hayan puesto en circulación este mote, para vengarse de un orden social que los condena a elegir entre la miseria y el crimen. Los ninis no están sometidos a un horario de trabajo y disponen de tiempo ilimitado para chelear en las banquetas. Mientras que algunos subtipos de Godínez (cajeros de banco, ayudantes de contabilidad, vendedores de autos) tienen que ir a trabajar de traje y corbata, los ninis pueden llevar una vestimenta punk o reggaetonera, perforaciones, tatuajes y cortes de pelo estilo mohicano. Ningún jefe o patrón les hará un reproche si se quedan durmiendo la mona hasta mediodía, privilegio vedado a los viejos prematuros uncidos al engranaje laboral. La libertad del nini es una consecuencia involuntaria de su marginación, pero ante los oficinistas se comporta como si la hubiera elegido, porque la suerte del compañero de palomilla convertido en Godínez lastima su orgullo. Se trata, pues, de aparentar un aristocrático desprecio por las chambas colocadas fuera de su alcance, de pintarle un resentido violín a un mercado de trabajo que jamás le ha tirado un mendrugo.

El uso del patronímico para designar tipos sociales no es nuevo en México. A mediados del siglo xx estaba de moda llamar Jiménez a los guaruras. Cuando Miguel Alemán, en una visita de Estado a Washington, sacó a bailar en una cena a una guapa integrante de la comitiva presidencial norteamericana, un pie de foto de la revista *Noctámbulas*, dirigida por Carlos Denegri, comentó en tono risueño el gesto caballeroso del presidente: “Ni un solo Jiménez o guardaespaldas interrumpió para nada esta palpable muestra de solidaridad entre México y Estados Unidos.” A principios de los sesenta, el gran éxito de la telenovela *Gutierritos*, la historia de un empleado bonachón sojuzgado por sus jefes y por su tiránica esposa, implantó la costumbre de llamar así a cualquier marido débil de carácter. Los apellidos convertidos en nombres genéricos tienden a subrayar el carácter masificado de una conducta. Jiménez, Gutierritos y Godínez son “gente del montón” que a los ojos del hablante perdieron el

ENRIQUE SERNA

Aerolitos

DEFENSA DE GODÍNEZ

derecho a la singularidad. El joven libérrimo se reserva el privilegio de tener vida propia y relega a sus antagonistas a la categoría de especímenes. La discriminación de los Godínez surge dentro de una atmósfera social en que la alternativa de delinquir se ha vuelto más atractiva y realizable que la de trabajar. ¿Habrán impuesto esta moda los ninis convertidos en sicarios que ven con desprecio al oficinista sumiso, como los caballeros armados veían a la gleba?

Todos podemos ser clasificados en la pizarra de un entomólogo arbitrario, sobre todo cuando le recordamos sus frustraciones. Para contrarrestar este nuevo estigma que descalifica a millones de personas, valdría la pena recordar que la opresión oficinesca puede tensar al máximo las potencias intelectuales, como le sucedió a Franz Kafka, el Godínez más atormentado y lúcido de la historia. No hay mejor acicate para la rebeldía que ver desde adentro la maquinaria trituradora de la existencia. Todos los días, Kafka se mimetizaba a la salida del trabajo con los empleados circunspectos que tomaban el tranvía, sin quedar adscrito a ningún rebaño, porque su portentosa imaginación había encontrado yacimientos de oro en el subsuelo de esa vida anodina. Los signos exteriores de anormalidad o radicalismo son cambios de uniforme, no atributos del alma. Hay adocenamientos más prestigiosos que otros, pero a fin de cuentas, nadie que valore demasiado su pertenencia a una tribu urbana merece gozar de una gran autoestima. La personalidad verdadera nace cuando el joven inadaptado escapa de esos corrales. 🐾

ENRIQUE SERNA (Ciudad de México, 1959) es narrador y ensayista. Su libro más reciente es *La doble vida de Jesús* (Alfaguara, 2014).